

esférica, que sirve de sepulcro á un santón. Tales edificios, abundantes especialmente en el Mediodía del imperio; establecidos por punto general en sitios eminentes, entre un manantial y una palmera; y visibles desde muy lejos, merced á su deslumbrante blancura, sirven de guía al viajero; son visitados por los fieles, y por punto general están guardados por un descendiente del santón, heredero de su santidad, que habita una casucha próxima al sepulcro, y vive de las limosnas de los peregrinos. La *casba* de Sidi-Liamani hallábase situada sobre una pequeña loma á pocos pasos de nosotros. Delante de la puerta distinguíanse algunos árabes campesinos, sentados en el suelo, y detrás de ellos asomaba la cabeza del anciano decrépito, el santón, que nos contemplaba con mirada entre maravillada y estúpida.

En breves instantes ardió la lumbre en la cocina, y al cabo de poco tiempo almorzamos.

Una lata de sardinas, vacía, que había echado el cocinero, fué recogida por los árabes, que desde luego se la llevaron á la *casba*, haciéndola objeto de un examen prolijo y asunto de animada conversación.

Terminado el *lab-el-barode*, casi todos los jinetes de la escolta que habían descabalgado dispersáronse por el valle, parte para dejar á sus caballos que pacieran en libertad, parte para descansar de sus fatigas. Algunos que habían continuado montados, se situaron en las alturas á guisa de exploradores.

Entretanto paseando con el capitán, y con el auxilio de sus indicaciones, observé detenidamente y por vez primera al caballo árabe. Todos son de pequeña talla, tanto que á mi regreso á Europa, acostumbrada la vista á aquellas for-

mas, hasta los de mediana alzada parecíanme enormes. Tienen la mirada centellante, la frente ancha y aplastada, muy abiertas las ventanas de la nariz, muy pronunciados los huesos zigomáticos, la cerviz por punto general bellísima, la canilla y la tibia algo encorvadas, lo cual comunica á sus movimientos una elasticidad especial: la grupa breve, escapando, por decirlo así, de debajo de la silla, lo cual los hace más propios para el galope que para el trote: de mí sé decir que no recuerdo haber visto jamás un jinete marroquí marchando al trote. Vistos cuando descansan, y aun mientras marchan al paso, no llaman la atención ni siquiera los más bellos; mas lanzados á escape, se transfiguran y convierten en animales soberbios. Á pesar de alimentarse peor que los nuestros y de llevar una montura mucho más pesada, resisten mejor la fatiga. También es distinta la manera de cabalgar. Los estribos son muy cortos, de suerte que el jinete está sobre la silla con las piernas dobladas casi en ángulo recto; las riendas son en cambio muy largas y larguísimos los movimientos con que dirige al caballo. Los dos fustes de la silla, llamados entre nosotros, perilla el de delante y arzón zaguero el de detrás, son tan altos que llegan al pecho y á la espalda del jinete, amparándole de tal modo que una caída es punto menos que imposible. Los jinetes, por punto general, no usan más calzado que unas pequeñas babuchas ó zapatillas sin tacón, de suerte que no calzan espuela y castigan al caballo con los estribos ó con una suerte de acicates, tamaños como puñalitos, que se sujetan al pie por medio de un armazón de hierro y se lo ajustan, con una cadenilla. Cuéntanse maravillas del cariño que el árabe profesa á su caballo, el animal predilecto del Profeta: dícese que lo considera como un ser sagrado; que todas las mañanas, en cuanto amanece, le colo-

ca sobre la frente su mano derecha, diciendo: *Bismillah*, (en nombre de Dios), y se la besa después por creerla santificada, merced á aquel contacto, y que le prodiga toda suerte de caricias y cuidados. Todo esto será tan verdad como se quiera; pero ello es que semejante extremado cariño no es obstáculo para que le abra los ijares á fuerza de castigo, muchas veces innecesario; lo deje abandonado al sol, cuando podría ponerlo á la sombra; lo lleve á abrevar, á veces una hora lejos, con las manos trabadas; por mero pasatiempo lo esponga diez veces al día á romperse las piernas, y por fin y remate mire con tan completa negligencia cuanto atañe á la montura, que el más avisado, puesto en un regimiento de caballería europea, pasaría en la prevención los seis meses de los doce del año.

Como el calor era muy intenso, permanecemos en la sombra muchas horas, sin que á ninguno de nosotros se le lograra el deseo que tenía de dormir, pues lo estorbaban los insectos. Eran, los que allí empezaron á molestarnos, las avanzadas de un ejército irresistible, con el cual debíamos sostener tremenda lucha, más feroz de día en día, en todos los que de viaje nos restaban. No bien nos tumbábamos, veíamos acometidos por un enjambre de orugas, arañas, hormigas, tábanos y saltamontes, insidiosos, grandes, pegajosos é impertinentes, cuyas picaduras nos producían una comezón semejante á la que nos habría proporcionado el echarnos sobre un lecho de ortigas. El comandante, que para animar á la comitiva, había tomado el partido de exagerar el peligro, nos aseguraba que aquello no eran más que bichitos de nonada, insectillos microscópicos, comparados con los que encontraríamos al paso que nos fuéramos aproximando

á Fez y á medida que aumentaran los rigores del verano; anunciándonos en son de profecía que lo que de nosotros regresara á Italia, sería sólo algún resto, capaz de ser reconocido únicamente por los parientes más próximos ó los amigos más íntimos. El cocinero hizo un esfuerzo para sonreír; pero quedó muy preocupado y pensativo. Muy cerca del sitio en que nos hallábamos veíase una telaraña extendida sobre unas matas, que parecía una sábana puesta á secar. Todavía me parece estar oyendo al comandante diciendo: — ¡Pero, Señor, en este país todo es gigantesco, formidable, milagroso! — Al paso que nos hacía observar que la araña que tejió aquella tela debía ser, por lo menos, tamaña como un jumento. Por más que buscamos nos fué imposible dar con ella. Con todo esto, los árabes dormían á pierna suelta, tendidos en su mayor parte al sol, sin que lograra turbar su profundo sueño la multitud de animaluchos que recorría su cuerpo. Los dos pintores dibujaban, no obstante las acometidas incesantes de una nube de moscas impertinentes, que con sus picaduras sacaban á Ussi de sus casillas, haciéndole prorrumpir en frecuentes maldiciones, hasta apurar la abundante y riquísima letanía de los juramentos florentinos.

Novi, arditi, da far testo di lingua

Como el calor hubiese menguado un tanto, la escolta de Had-el-Garbia, el cónsul de América y el subgobernador de Tánger, que se habían acercado para dar la última despedida al embajador, se separaron de nosotros, y emprendimos de nuevo el camino seguidos de los trescientos jinetes de Larache.

Dilatadas llanuras onduladas ligeramente, cubiertas aquí de trigo, allí de cebada, más lejos de rastrojo, en otra parte de hierba matizada de flores; una que otra tienda negruzca, y la tumba de algún santón; de tarde en tarde una palmera solitaria; cada quinientos pasos tres ó cuatro jinetes que se agregaban á la escolta; una soledad inmensa, un ambiente purísimo, un sol deslumbrante... tales son los apuntes que hallo en mi libro de memorias, respecto de la segunda caminata del día 5 de Mayo.

Después de tres horas de camino llegamos á Tleta de Reissana, en cuyo punto se había establecido el campamento.

Las tiendas se habían levantado en círculo, como de costumbre, en una cuenca angosta y profunda, cubierta de hierba y de flores, en tanta abundancia y tan alta que casi nos impedía el paso. Parecía que estuviésemos en medio de una avenida de frondoso jardín. Las camas y los cofres dispuestos en el interior de las tiendas hallábanse casi ocultos por las margaritas, las amapolas, las primulas y los ranúnculos y ombrífemas de todos tamaños y colores. Cabe la tienda de los pintores elevábanse dos enormes áloes con todos sus pitacos completamente floridos.

Poco después de nuestra llegada, apareció en el campamento, procedente de Larache, con el propósito de saludar al embajador, el agente consular de Italia, señor Guagnino, anciano comerciante genovés, que hace cuarenta años vive en la costa del Atlántico, conservando puro el acento de la lengua de Balilla, y con él, no sé de dónde, un árabe campesino que deseaba consultar al médico de la embajada.

Era un pobre viejo, encorvado y cojo por añadidura, al cual acompañó á la tienda del señor Miguérez un soldado de la Legación.

El señor Miguérez, que habla corrientemente el árabe, preguntóle, y enterado del mal que padecía, empezó á buscar en su botiquín, no sé qué medicina; mas como no lograra dar con ella, hizo llamar á Mohamed Ducali, al cual suplicó que escribiera en árabe sobre una cuartilla de papel, una fórmula por medio de la cual el enfermo, de vuelta á su casa, pudiese aplicarse el remedio que en ella se prescribía. Era una medicina de las que más usan los árabes.

En tanto que Ducali escribía, el viejo murmuraba una plegaria.

Escrita la receta, el médico se la entregó al enfermo.

Éste, sin darle tiempo de pronunciar una sola palabra, cogió el papel y se lo encajó en la boca apretándoselo con ambas manos.

— ¡No! ¡no! — le decía aquél. — ¡Escupe! ¡Escupe!

Mas en vano. El pobre viejo devoró la receta con la avidez del hambriento; tragóla, dió las gracias al doctor, é hizo ademán de volverse por donde había venido. Nos vimos y nos deseamos para hacerle comprender que la virtud de la medicina no residía en el papel, y para obligarle á tomar otra receta.

Semejante hecho incomprensible y casi increíble á primera vista, nada tiene de extraño si se considera lo que es en Marruecos la medicina. Profésanla, con rarísimas excepciones, los charlatanes, los nigromantes y los santones. Los remedios más comunes consisten en el zumo de ciertas y determinadas hierbas, la sangría, la zarzaparrilla para el morbo céltico, la carne seca de culebra ó camaleón para las calenturas intermitentes, el cauterio para las heridas y algunos versículos del Corán escritos en el fondo de los frascos de

las medicinas, ó sobre un pedazo de papel que el enfermo se coloca pendiente del cuello. Como el estudio de la anatomía se halla prohibido por la religión, no hay para qué decir lo que puede ser la cirugía. Bastará saber que los cirujanos extirpan las anginas amígdalas con los dedos, y ensayan la extracción de la piedra con una navaja y el primer garfio de hierro que se les viene á las manos. Las amputaciones son miradas con horror. Los pocos árabes que acuden á los médicos europeos, prefieren morir presa de atroces sufrimientos, antes que consentir la sencilla operación que había de salvar su existencia. Síguese de ello que aun cuando sean por demás frecuentes las pérdidas de miembros, especialmente por reventárseles las espingardas, sea contado el número de mutilados que se ve en Marruecos: y aún éstos en su mayor parte son individuos á quienes el carnicero cortó la mano de un hachazo, y el alquitrán hirviendo, en que, según el uso, introdujeron el muñón, se encargó de contener la hemorragia. Sus heroicos remedios, en especial el hierro candente, producen á veces admirables efectos, y por tanto se los aplican de un modo brutal, temerario y sin el menor auxilio; mas, ó por escasa sensibilidad nerviosa, ó por vigor del ánimo, fortalecido por la fe fatalista, resisten los dolores más terribles con una fuerza prodigiosa. Aplícanse las ventosas con vasos de tierra cocida y con lumbre suficiente para asarse la espalda: clávanse el puñal en los diviosos á ciegas y con decisión, á riesgo de romperse las arterias; se cauterizan las llagas del brazo con un carbón hecho ascua, disipando con el soplo el humo de la carne, sin lanzar el quejido más insignificante.

Las enfermedades más comunes son las calenturas intermitentes, las oftalmías, la tiña, la elefantíasis y la hidropesía;

pero la que más abunda es la sífilis hereditaria, transmitida de una en otra generación, degenerada y que se ofrece bajo mil formas variadas y horrendas, de la cual se hallan inficionadas tribus enteras, sucumbiendo á miles los que la padecen, y todavía morirían más, si no fuese la extremada sobriedad de alimentos á que se ven obligados, á consecuencia de la miseria y del clima.

Médicos europeos sólo los hay en las ciudades de la costa: en la misma Fez sólo se halla uno que otro charlatán renegado, escapado de Argel ó de los presidios españoles de África. Cuando enferman el emperador, un ministro ó un moro rico, mandan llamar á un médico europeo de una de las ciudades de la costa; pero esto únicamente en los casos apurados, pues lo común es sufrir la enfermedad hasta que se hace crónica, de suerte que las más veces es inútil todo remedio. Los médicos europeos les inspiran gran fe: la vista de los medicamentos, de las preparaciones farmacéuticas, de los instrumentos quirúrgicos influye en que se formen de la ciencia un concepto muy elevado: prométense prodigios de ella, toman las primeras medicinas y observan las primeras prescripciones con la docilidad y la confianza propias de quien está seguro de alcanzar con ello una curación inmediata; pero como ésta no se obtenga con la rapidez que se prometieran, pierden la fe, abandonan el método curativo y acuden á los charlatanes. Una cosa principalmente reclaman del médico europeo viejos y jóvenes, pobres y ricos: lo que el emperador Elio-gábalo pedía á su cocinero. ¿Y cuándo lo solicitan? Cuando no pueden traspasar cotidianamente los umbrales del paraíso de Mahoma más veces que preceptos fundamentales tiene el Islam. ¡Hasta semejante extremo se hallan envilecidos! De lo dicho puede deducirse cuán precoz es la verdadera deca-

dencia, y á qué punto de abominable perversión vense los más arrastrados por el furor de las pasiones.

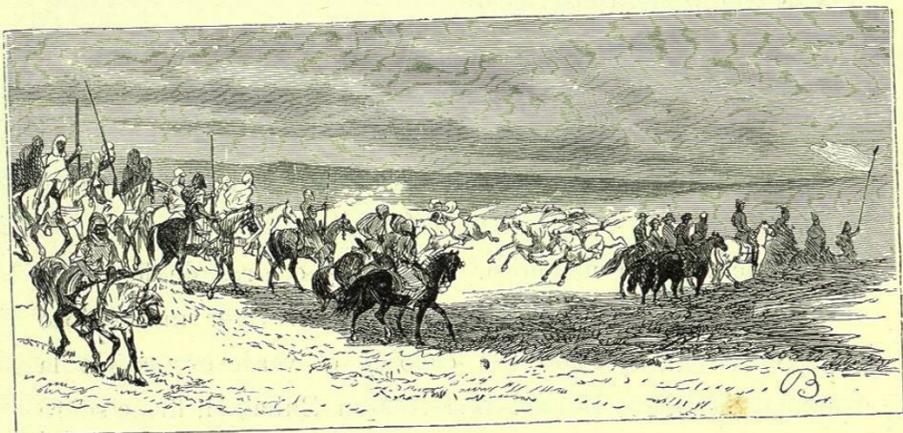
La noche pasó sin suceso que digno de contar sea, si se prescinde de haber encontrado un escorpionazo tamaño sobre la almohada de mi cama en el instante en que iba á acostarme. Mi terror fué, sin embargo, pasajero, puesto que al acercarme poco á poco, pude leer sobre el dorso del animal esta tranquilizadora inscripción:

Cesare Biseo lo hizo el día 5 de Mayo de 1875

Al rayar el alba emprendimos el camino hacia la ciudad de Alcázar.

El tiempo era nebuloso. Los vivos colores de los trescientos soldados de la escolta tomaban un vigor maravilloso sobre el fondo agrisado del cielo y el verde-oscuro de la campiña. El mismo Hamed-Ben-Kassen-Buhamei, firme sobre una alturita próxima al campamento, parecía contemplar con verdadera complacencia que desfilaran delante de él en numerosos grupos, graves, silenciosos, con la vista fija en el horizonte, como la vanguardia de un ejército al amanecer de un día de batalla. Durante largo trecho caminamos entre olivos y arbustos de gran tamaño: después penetramos en una dilatada llanura, sembrada de flores amarillas y azuladas, sobre la cual se extendió la escolta para repetir el *lab-el-barode*. Era tan extraordinariamente bello el espectáculo sobre aquel lugar despejado, aquella alfombra de flores y debajo de aquel cielo amenazador, que el embajador se detuvo repetidas veces, é hizo detener á todo su séquito para que más á su gusto pudiera contemplarlo. No puedo creer que aquella gente poseyera un conjunto de reglas fijas para agruparse y

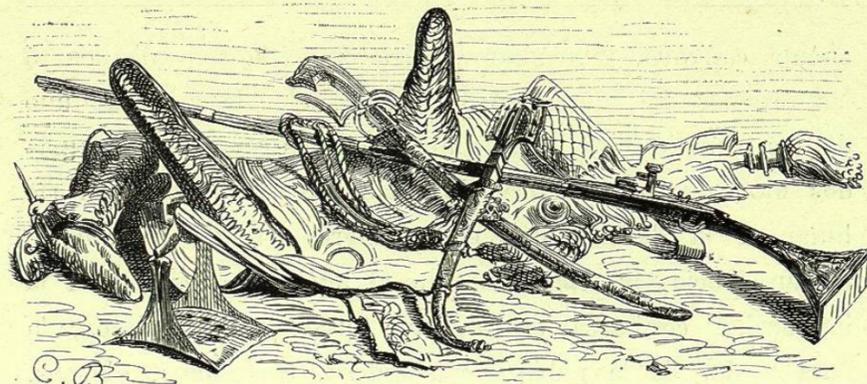
desordenarse; mas tales maravillas hizo aquel día que llegué á sospecharlo. Habríase dicho que sus movimientos todos y todas sus combinaciones de colores habían sido previamente ensayados por un hábil coreógrafo. En medio de un grupo de jinetes con capas azules, por ejemplo, distinguíase siempre uno que la ostentaba blanca: en medio de un grupo de caftanes blancos, caía siempre á propósito, como la pincelada de



Lab-el-barode en Alcázar

un pintor, un albornoz rosado. Los colores armónicos se buscaban, se unían, marchaban agrupados durante el tiempo empleado en dar una carga, después de la cual se separaban para formar otra armonía. Eran trescientos y parecían un ejército: se les veía en todas partes: se multiplicaban: revolaban en derredor nuestro como numerosa bandada de aves; nos ensordecían; nos deslumbraban; enamorábannos, y hacían desesperar á los pintores.

—¡Bribones, — decía Ussi, — quién os tuviera en Florencia al alcance de la mano!



Aparejos de jinete marroquí

ALCÁZAR-EL-KIBIR

AL llegar á un punto determinado, el embajador hizo una señal al cadí: la escolta se detuvo, y nosotros, acompañados por algunos soldados, nos dirigimos á examinar los restos de un puente que se distinguían á corta distancia. Llegados á la orilla del riachuelo sobre el cual estuvo aquél un tiempo levantado, detuvimos y pudimos observar que sólo quedaban del mismo insignificantes señales en la opuesta margen. Durante algunos minutos, absorto cada uno en sus pensamientos, estuvimos contemplando en silencio aquellos restos informes y la campiña en que nos hallábamos.

La verdad es que el sitio era digno de aquel testimonio de mudo respeto. Sobre aquel campo florido, hacía doscientos noventa y siete años, el 3 de Agosto de 1578, tronaban cin-